

un pueblo con futuro de evangelización

La Evangelización y el Apostolado Seglar en España

1

“En este país todo llega tarde”. Ha sido el único comentario que un hombre, rudamente apaleado por la vida (entiéndase concretamente, por la vida apostólica), ha puesto a la obra titulada “El Apostolado Seglar en España”, de un autor tan autorizado como es nada menos que la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar (1).

No es difícil hacerse cargo de lo que tal frase entraña de reacción dolorida. Sin embargo, a mí me sugiere exactamente lo contrario: “en este país toda llega demasiado pronto”. Todo se intuye antes de que pueda formularse con rigor por la conciencia reflexiva y, lo que es peor, mucho antes de que pueda encontrar las condiciones necesarias para ser aceptado por el consenso de la comunidad. El submarino o el autogiro, la secularidad o el socialismo, Goya o Picasso, etc., etc. ..., como si operase incesantemente una constante histórica y, en cierto modo, una maldición cultural.

El drama de nuestro país comienza, a mi juicio, una y otra vez, donde empezó el Don Quijote: “la del alba sería” cuando partió, armado caballero, a la ventura. Aquí siempre surgen al alba, en algún o algunos grupos y, a veces, en un solo individuo, las grandes intuiciones de la realidad y de su proceso y marcha al futuro, cuando nadie es todavía capaz de ver lo que va a pasar y mucho antes de que haya quienes lo expresen con rigor de categoría.

Parece como si nos dominara el sino de lo profético, como si la condición radical de nuestra existencia colectiva fuera esa facultad adivinatoria del espíritu humano que puede llamarse fe natural; esa capacidad de intuir lo que ya está brotando en la vida, mucho antes de que los demás sean capaces de aceptar que van a cambiar las cosas. Probablemente haya que atribuir a esas alboradas proféticas el drama incesante de nuestra cultura y la raíz común de nuestros incurable retrasos. Todo adquiere consenso

(1) COMISION EPISCOPAL DE APOSTOLADO SEGLAR: *El Apostolado Seglar en España. Orientaciones fundamentales*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1974.

tardío, porque es anticipado en intuición de fe; todo llega tarde, porque vino muy pronto.

2

Quien lea esta magnífica obra de "El Apostolado Seglar en España" encontrará en ella, a poca atención que ponga en su lectura, una rica madurez de concepciones, algo muy hecho, con una densidad de componentes sólo igualada por la clara deriva profunda que orienta el conjunto.

Y en el caso de que quien lea esta obra de madurez sea alguno de los hombres que, hace ya muchos años, salió con el alba del apostolado de los seglares por los caminos de la Iglesia en nuestro país, seguramente que compartirá mi sospecha. Entenderá sin necesidad de largas explicaciones, cómo también la preocupación evangelizadora del Laicado, en nuestro país, llega tarde por haber venido tan pronto. Tan pronto que, con la Historia moderna a la vista, puede apreciarse cómo surgió ya en nuestro "siglo de oro", mucho antes de que la Contrarreforma oficial fuera capaz de aceptarlo, por lo que llegó a ser un movimiento esencial a nuestra Iglesia con casi cuatro siglos de retraso, después de un interminable rodeo de catolicismo clerical-estatal.

Ahora parece haber, en nuestro país, un cambio radical a alto nivel eclesial, como si la intuición brotara a esa cota. Y la intuición es, exactamente, la evangelización como futuro de la Iglesia. La evangelización ejercida con plena conciencia de todas sus dimensiones históricas, y como identidad cristiana y eclesial, ya se me entenderá; porque en sustancia, la evangelización ha sido siempre

presente, pasado y futuro de la Iglesia.

"Esperamos que, a medida que las enseñanzas del Concilio Vaticano II sobre la vocación de los seglares, vayan calando en la educación de la conciencia cristiana, crecerá la inquietud evangelizadora de los bautizados", se lee en el Documento del Episcopado español, de 2 de diciembre de 1972. Y a renglón seguido, pone esta frase de "anticipación", que malo será que tampoco se acepte todavía: "La preocupación apostólica será, cada día más, un elemento esencial de toda vida cristiana verdaderamente consciente" (pág. 9).

La preocupación, esto es, el cuidado y el celo, eso que el análisis existencial de Heidegger ha llamado "Sorge", una palabra eminentemente pastoral del léxico cristiano para una filosofía que ha definido al hombre como "el pastor del ser". Si la preocupación de evangelizar es esencial a la conciencia del ser cristiano, consiguientemente, tiene que ser esencial a la educación de la fe y a la tarea y los procesos de la concientización cristiana.

3

La Comisión Episcopal no se hace ilusiones sobre la situación del Pueblo cristiano en nuestro país y en ese aspecto. Debe ser motivo de preocupación para cualquier cristiano *comprometido* —(me permito destacar esto)— el hecho de la gran masa amorfa de bautizados, sin más inquietud en muchos casos que la de cumplir con el mínimo de sus "obligaciones religiosas". No se puede desconocer que muchos de ellos realizan una cierta acción apostólica en el seno del hogar. Pero esto no invalida la afirmación de que una inmensa mayoría del pueblo cristiano no se

siente responsable de la difusión de la fe, y no llega a considerar la preocupación evangelizadora como parte integrante de la concepción cristiana de la vida" (pág. 44). A continuación apunta algunas causas históricas, sociales y eclesiales de este fenómeno, a reservas de que se haga un análisis profundo del mismo.

Curiosamente, pero con profunda coherencia, en el Sínodo de la Evangelización (octubre 1974), han saltado al plano de las prioridades pastorales las cuestiones de la religiosidad popular, de la "indigenización" de las iglesias locales, de la pastoral de los bautizados poco o nada practicantes, de los medios de comunización de masas... y eso, al mismo tiempo que las cuestiones, aparentemente anticipadas, de las comunidades de base, de la nueva religiosidad de los grupos jóvenes, del anuncio evangélico de la liberación humana por los movimientos militantes, de los ministerios responsables de los seglares en la Iglesia, etc.

También curiosamente, pero con la misma coherencia, se constata que han sido los cristianos comprometidos con la liberación humana y con la educación popular en América Latina, los que han elevado a tema fundamental y prioritario el de la religiosidad popular. Al mismo tiempo que ellos, desde distintas ópticas, también lo han suscitado las Iglesias misioneras africanas y del Asia, que tienen que abordar el problema de los auténticos valores pre-evangélicos de los pueblos con religiones no-cristianas: y, por su parte, las iglesias del Segundo Mundo, confrontadas al problema de la educación marxista de la base popular; e incluso las Iglesias del Occidente super-desarrollado, que ven brotar el retorno a lo religioso en la atmósfera de la secularización.

Más aún: se agita ya la polémica sobre eso que algunos sociólogos de la religión han dado en llamar "le catholicisme populaire", denominación excesivamente genérica, fácil por tanto al equívoco, para un colectivo tan específico y bien definido como son los "católicos de las cuatro estaciones de la vida" (R. Pannet): bautismo, primera comunión, matrimonio y funerales.

Curiosa, pero coherentemente, pasa a primer plano de las preocupaciones pastorales (y así ha podido verse en el Sínodo), la inquietud por evangelizar a las masas, en un momento en que preocupa más que nunca la suerte y porvenir de los movimientos apostólicos del Laicado militante, y en que se impone el hecho de las pequeñas comunidades cristianas conscientes.

4

A mi juicio, la aparición en primer plano de las cuestiones de masa popular junto a la de los grupos de alto compromiso evangélico se debe, directa y primariamente, a la toma de conciencia de un doble proceso que está en curso a lo largo de todo este siglo. Ese doble proceso es el del crecimiento cualitativo del Catolicismo (en grupos, comunidades y movimientos) y, a la vez, el de su decrecimiento cuantitativo (en las masas de los fieles, a diversos índices de frecuencia practicante y a diversos niveles de pertenencia consciente a la Iglesia).

Ya a fines del s. XIX, pero con toda claridad durante estos últimos 75 años, la Iglesia Católica se lanza en todo el mundo (y también en nuestro país) a un colosal esfuerzo para propulsar el crecimiento cualitativo, a través de pequeños grupos, fermento en las masas. A principios de siglo se ha-

blaba de "minorías selectas" y, en nuestros días, de "comunidades de base"; a principios de siglo se hablaba de suscitar apóstoles y, en nuestros días, de comprometerse con la liberación humana. El análisis histórico de este proceso está todavía por hacer, como dice muy bien la Comisión Episcopal de A. S.

"No será posible conocer íntegramente la historia de la Iglesia en España en los últimos cincuenta años sin estudiar la de sus movimientos asociativos y, sobre todo, de los movimientos de apostolado seglar, como una de las expresiones más significativas de la vida del Pueblo de Dios en nuestro país. Esta historia no se ha investigado todavía suficientemente"... "Se vienen planteando en nuestro país, casi desde comienzos de siglo, los problemas de la participación activa de los seglares en la vida de la Iglesia, de las relaciones del laicado con los obispos y los presbíteros, de las concepciones del apostolado seglar en relación con las realidades políticas, sociales, educativas, etc. ..." (pág. 37).

Pero llegados a esta fase de la década 70, no solamente en España, sino a nivel de la Iglesia universal, la misma expansión de los movimientos del Laicado cristiano consciente ha hecho tomar conciencia de que está ahí, ante ellos, algo vivo y tenaz, que, por una parte, "resiste" y por otra parte, "interpela": la religiosidad del pueblo. A esta seria confrontación con ese fenómeno (demasiado difuso y heterogéneo para llamarle "pueblo", ni siquiera "masa". sin muchas precisiones y clasificaciones, matices y distinciones) se ha unido una universal constatación que alarma a todos los Pastores de la Iglesia: en todas partes crece el número de los no-practicantes, hasta el punto de que supera notablemente al de los que practican

la religión católica con la regularidad que impone la Iglesia y pide un Evangelio eclesialmente vivido en comunidad; en todas partes crece también el número de bautizados que, explícita e implícitamente, abandonan la pertenencia a la Iglesia.

Y este apartamiento es mucho más frecuente y numeroso en las masas que en los grupos comprometidos, aunque en éstos resuena más y llame más la atención. Cuantitativamente hablando, es casi inapreciable el número de las crisis de fe individual (en sacerdotes, religiosos o militantes) que acaban dejando la Iglesia, comparado con la cifra enorme de los elementos masivos de base que se apartan de ella sin ser noticia. Esto es lo que ha llevado a algunos a dar su grito de alarma: ¡Vais a dejar morir la fe de las masas!

En resumen, desde que se toma la opción pastoral por un crecimiento cualitativo del Catolicismo, hasta que se produce la alarma por el decrecimiento cuantitativo masivo, se desarrolla un largo proceso de "des-masificación" del Catolicismo en la Historia contemporánea de la Iglesia. Pero, en estos momentos, parece comprobado el hecho de que, paralelamente a esa des-masificación, se está quedando el Catolicismo sin masas.

¿Hay alguna relación de causa a efecto entre ambos procesos, cualitativo y cuantitativo? Resulta tentador y extraordinariamente cómodo relacionar así ambos fenómenos y atribuir la causa del decrecimiento masivo a la pastoral de militantes y a la des-masificación, identificándolas con el descuido y hasta el desprecio hacia el catolicismo o la religiosidad popular. Tan tentador y cómodo como afirmar que así es como debe ser el Catolicismo: un "pusillus grex".

un minúsculo "testigo" en medio de la Humanidad.

Creo que pocas apreciaciones serán tan injustas, puesto que si alguna obsesión dominó, antes que otra alguna, a la pastoral de militantes, fue la de llegar a la masa y, por así decirlo, des-masificarla. Creo que es algo evidente, desde la lucha de los movimientos y grupos conscientes contra las manifestaciones masivas que, a su juicio, habían degenerado hasta impedir ese proceso de avance cualitativo del pueblo fiel (tanto o más que las manifestaciones religioso-patrióticas del nacional-catolicismo, que a su juicio, adulteraban la religión católica y evangélica), hasta la lucha contra la manipulación de las masas por las más diversas instancias (publicitarias, pseudo-artísticas, socio-políticas o de la enseñanza, etc.).

Creo que lo difícil o lo nada cómodo, pero lo justo y objetivo, es hacer un análisis pastoral y una evaluación rigurosa de los modos de hacer, durante casi un siglo, la pastoral del crecimiento cualitativo del Catolicismo, y deducir de ese análisis crítico una clara idea de la relación que debe guardar la Pastoral entre "calidad" y "número". Creo firmemente que la cuestión no se puede resolver en términos de disyuntiva: o pastoral de militantes conscientes, de pequeñas comunidades, de grupos comprometidos... o pastoral de masas "populares".

Pero si así no se resuelve nada, entonces no es cuestión de dilema sino que es un problema de síntesis pastoral. Como siempre, lo que importa es el planteamiento de la situación en sus verdaderos términos. No se puede negar el valor y la necesidad extremada de un Catolicismo de "calidad", ni se puede desconocer la importancia del número y la multitud católica. ¿En

qué condiciones es posible dotar de ambos atributos al Catolicismo en los decenios próximos? Una vez determinadas esas condiciones, es evidente que la tarea de la Pastoral consiste en "crearlas". A crearlas deberán orientarse los esfuerzos, los métodos, las formaciones apostólicas de toda índole y tipo, con tal de que sean adecuadas.

6

El Catolicismo no es otra cosa que el movimiento cristiano de evangelización del mundo, con todas las consecuencias históricas y sagradas, a la vez, que esa evangelización lleva consigo. Tal movimiento, en el que somos llevados por el espíritu y vamos con propia fe los bautizados creyentes, fue puesto en marcha por Jesucristo, poco más o menos en estos términos (según los testigos): "Id por todo el mundo, anunciando a toda gente y criatura la Buena Noticia (el Evangelio); pero esperad unos días a ser bautizados en el Espíritu; luego, bautizad a los que crean la Palabra que les llevais y enseñadles a guardar todo lo que yo os he dicho; yo estaré con vosotros cada día hasta el fin de los tiempos" (Mc. 16,15; Mt. 28,18; Act. 1,5).

Todos los bautizados, en el Espíritu somos bautizados, para formar un sólo Cuerpo (1 Cor 12,13), en el que cada uno es miembro del otro (Rm 12,5), y somos enviados a evangelizar a los pobres y liberar a los oprimidos (Lc 4,18), a buscar y salvar lo que estaba perdido (Lc 19,10); no éramos pueblo y ahora somos Pueblo de Dios (Lc 1 Ps 2,9-10). Un pueblo llamado a evangelizar, que es congregado e introducido por Dios en la Historia humana, mediante la misión de Cristo, con el expreso encargo de prestar el servicio del Evangelio a

la Humanidad, y con la responsabilidad, el deber y el afán impetuoso (que viene del Espíritu) de extender el Reino de Dios a toda la tierra (LG. 9), para que toda la creación participe de la libertad de los hijos de Dios (Rm 8,21).

Pero gran parte del Pueblo de Dios no tiene conciencia de su ministerio histórico, de su misión de evangelizar, del servicio al Evangelio que le mantiene unido en Iglesia. Y cuando algunos sectores de este Pueblo toman conciencia y se ponen a ello, no hay cooperación orgánica (unos asumen funciones que corresponden a otros, muchos emprenden la tarea sin contar con los demás, eso si no la interfieren o, incluso, la obstaculizan y combaten abiertamente); tampoco se tiene una clara noción de qué sea ese oficio de evangelizar, ni en su misma esencia ni en su ejecución concreta; finalmente, tampoco se sabe, en concreto, qué signos hay que dar y qué respuestas corresponden a las diversas interpelaciones de la realidad humana contemporánea.

7

A mi juicio, una vez planteado en términos correctos el problema de la evangelización, tanto cualitativa como cuantitativamente, las principales grandes operaciones de puesta en acción del Pueblo de Dios, para darle respuesta y aproximarse a su solución son, entre otras, las siguientes:

1) Concientizar al Pueblo de Dios sobre su radical condición y oficio de evangelizador.

2) Definir con la precisión que sea posible (al actual nivel de conocimientos y experiencias) cuál es, en concreto, la tarea de evangelizar, ahora y aquí, a los hombres de hoy, incluídos los cristianos.

3) Disponer, a la máxima urgencia, de una análisis crítico cristiano de la sociedad contemporánea, en el que tome forma el discernimiento cristiano de todos los "signos de los tiempos", de todos los fenómenos, sistemas, ideologías y acontecimientos "significativos" para la obra pastoral y popular de la salvación.

4) Trazar un proyecto pastoral para crear las "condiciones de evangelización" (dicho en el mismo sentido en que otros hablan de crear condiciones para su proyecto de construcción social, aunque con muy distintos criterios y miras).

5) Inventar los modelos y métodos, los signos y los lenguajes que puedan hacer inteligible y creíble el Evangelio a los diversos destinatarios de la Palabra.

6) Organizar al Pueblo de Dios para la tarea colectiva de evangelizar, que es radicalmente comunitaria y exige, por ser tal, como dice S. Pablo, "que todo se haga en orden". Lo que supone inventar movimientos, formas nuevas, ministerios de todo tipo, cauces estructurales de toda índole, capacidades y preparaciones para toda función.

Bueno o malo, una tal enumeración de tareas constituye un programa o, más bien, un proyecto pastoral. Tomad ahora y leed las páginas densas de la obra que venimos comentando y podréis comprobar que se trata de un maduro proyecto pastoral de evangelización. Me atrevo a opinar que este volumen episcopal español nos compensa con creces del nonnato "Documento" final del Sínodo de la Evangelización. El Laicado en España tiene, en esa obra, una magnífica fuente de orientación y un serio manual de conscientización evangelizadora, del que pueden y deben, yo creo, tomarse inspiración y sugerencias para elaborar méto-

dos, programas y material de trabajo, en orden a la acción en el seno del pueblo fiel y, con él, en las grandes masas humanas y en los grupos a todo nivel.

Es más, basado como está en un planteamiento que me parece correcto del problema de evangelización que tenemos planteado todo el pueblo de Dios ante el mundo en que vivimos (y eso cada uno lo sabe en su terreno), el libro da la impresión de que quiere ser tan completo y exhaustivo, sin dejar escapar dimensión alguna de la cuestión, que por fuerza había de estar ahí su debilidad, al luchar con la implacable limitación del espacio.

En conclusión: con este libro, a mi juicio, el Laicado dispone en nuestro país, de un instrumento de

primera calidad para realizar la obra de la evangelización. Ciertamente, desde la primera página a la última, el tema fundamental de la evangelización resuena en toda la obra y precisamente en la clave y escala del Laicado, o sea, de la participación activa seglar en el movimiento del servicio del Evangelio para la salvación integral de la Humanidad. Si se me permite, daré un consejo para terminar: que se haga una lectura de esta obra con la actitud que quiere evocar el título del presente artículo: la Iglesia Católica, en España y en toda la tierra, es hoy un Pueblo con futuro, el Pueblo de Dios que ha redescubierto conscientemente su salida al porvenir en una auténtica fidelidad a su misión, un Pueblo con futuro de evangelización.